LA CONCLUSIÓN DE LA PSICOLOGÍA SOCIAL

Pablo Fernández Christlieb[1]

Resumen

El presente texto argumenta que la psicología social original, perteneciente más bien a la dimensión de las humanidades y al orden de lo histórico estético, perdió su vocación y decayó como disciplina al institucionalizarse dentro de las universidades, donde quedó subordinada a la psicología o a la sociología, y reducida a ser una rama de ellas.

Palabras Clave: psicología, sociología, universidades, institucionalización

Abstract

This text argues that social psychology, originally closer to Arts rather than Science as a historical and aesthetical approach, lost its character and failed as a discipline from the moment it decided to make its future within the institution of universities, where it was confined either to psychology or sociology departments, and thus being reduced to a sub discipline.

Key words: psychology, sociology, universities, institution

[1] Profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México. Departamento de Psicología Social, Facultad de Psicología. Correo electrónico: pablof@unam.mx ORCID: 0000-0001-5736-9130

Entre la vida y el mundo, entre uno y lo otro, entre el individuo y la sociedad, entre lo inmaterial y la materia, entre la mente y el cuerpo, entre la causa y el efecto, entre a y b, y x y y, entre la psicología y la sociología hay abierta una brecha, una zona, una dimensión que no es ni una cosa ni la otra, y que no se puede explicar, ni siquiera decir, ni tan siquiera ponerle un nombre, pero que llena todo, incluso al lenguaje, incluso a x y y, y a la vida y el mundo; y al individuo y la sociedad: este es el objeto de la psicología social. Si ése no es, no hay otro. Como esa zona no tiene nada, lo único que tiene es forma, y como lo único que tiene es forma, es un objeto estético, como los del arte o los de las caras de la gente. Si se observa bien, las creencias, los valores, los principios, los significados, y también la ética, son objetos estéticos.

Tal vez este sea el inicio de la psicología social, pero su conclusión ha sido otra; y la palabra conclusión suele significar a la vez moraleja y terminación, es decir, que la moraleja es que la psicología social resultó un fracaso, que se puede expresar en un par de frases que se oyen en los cursos de psicología social, una, que "toda la psicología es social", que se le oye decir sobre todo a los maestros, y la otra, que entonces "¿cuál es la diferencia con la sociología?", que se le oye a los alumnos. Cuando se dice cualquiera de las dos quiere decir que no sirve para nada que exista una psicología social.

La belleza del conocimiento occidental se puede sintetizar en renglón y medio: dividió al mundo en dos para así tener dos cosas que unir, y que al tratar de unirlas se le apareciera en medio el infinito y lo ilimitado; y gracias a ello nunca se le acabará lo desconocido y así podrá seguir conociendo todo lo que quiera (en cambio la cultura oriental se quedó inmóvil en su mundo de una pieza). Los dos en los que lo dividió pueden ser, entre otros muchos más, la mente y la materia, o el individuo y la sociedad. O la psicología y la sociología, entendiendo por estas dos palabras, como lo hace Gilbert Simondon, todo lo que tenga que ver con las ciencias individuales por un lado, y todo lo que tenga que ver con las ciencias sociales por el otro, o sea, el conjunto de las ciencias humanas. Para el sentido común académico, que no puede decirse que sea un portento de teoría ni de sutileza, con estas dos cosas, sumándolas, el mundo ya está definido y terminado, es decir, instituido e institucionalizado, porque le gusta encontrarle respuestas a las preguntas. Pero para un sentido común más sofisticado, digamos, de segundo orden, uno al que le gusta buscarle tres pies al gato, que le gusta encontrarle preguntas a las respuestas, capaz de volver a pensar el sentido común sin necesidad de salirse de él, entre lo psíquico y lo social lo que queda no es nada, sino que lo que queda sí es algo: una zona imprecisa, inmedible, incuantificable, inverificable, que no está hecha de cosas ni de piezas ni de componentes, que nunca alcanza a tener nombre, que no es ni lo uno ni lo otro ni la suma ni la mezcla ni el promedio de lo uno y de lo otro, sino que es una zona tercera, la del sentido, una terceridad como la llamó Peirce, que podía inmejorablemente invocar también a una tercera ciencia que no fuera ni psicología ni sociología y que no fuera ni promedio ni suma ni

puente ni bisagra ni guión ni flechita entre las dos. La psicología social, al parecer, como se le ocurrió a varios, a Charles Cooley por ejemplo, era la que podía y debería dar cuenta de esa entidad etérea que por decirlo de algún modo es una especie de mente material o de materia mental, emocionantísima de intuir y concebir, como le habrá sucedido a algunos, desde George Herbert Mead hasta Kurt Lewin, desde Muzafer Sherif hasta Serge Moscovici, no menos pero sobre todo no muchos más, y es que como decía Gilbert Simondon (en Mesure & Savidan, 2006), "la realidad humana no es ni psíquica ni social, sino centralmente psicosocial" (p.1083), y por lo tanto, como asevera Pierre Moessinger (2008), "su situación intermedia entre la psicología y la sociología parecían prometerle un nivel propio" (p.56).

Sin embargo, la psicología social no logró hacer aquello que le tocaba, porque en lugar de ponerse a inventar conocimiento lo único que le empezó a interesar fue sobrevivir, esto es, convertirse en una disciplina universitaria con lo cual ser aceptada y reconocida y por lo tanto mantenida, mantenida en la acepción de conservada y en la acepción de que le dan de comer: prefirió alcanzar a llegar al fin de la quincena que alcanzar la sabiduría, o dicho en otras palabras, eligió institucionalizarse, lo cual implica entrar dentro de una clasificación oficial de las ciencias ya establecidas como psicología o sociología, y por obligación, entonces, aceptar alguno de sus objetos de estudio, o el individuo o la sociedad, aunque poniéndole algún distintivo curioso y correcto para que se viera que tiene su chiste, o sea, dedicarse a la interacción, que suena bien, porque es como un individuo pero que vive en una sociedad, y a partir de ahí proceder a elaborar reportes y dar informes periódicos que los demás pudieran decir que estaban bien. A cambio de esos deberes tendría un departamento, más bien pequeño, eso sí con secretaria y archivero y toda la cosa, una modesta partida presupuestal nada del otro mundo, y ya después, como parte de sus prestaciones y otros estímulos, el permiso para formar asociaciones, organizar congresos, otorgarse premios mutuos y convencerse entre ellos de que su disciplina es muy especial, ceremonias todas estas muy típicas de oficina.

Y por eso, a la psicología social, cuando solicitó su nicho en las universidades, la remitieron a las facultades de ciencias individuales, o de ciencias sociales, no como disciplina por derecho propio, sino como subdisciplina ya fuera de la psicología o de la sociología, acatando sus versiones de la realidad, sus unidades de análisis, sus métodos de estudio, su territorio disciplinar, su campo de trabajo, sus maneras y sus modales, su vestimenta y su terminología. Por eso todavía hay una psicología social psicológica o individual y una psicología social sociológica o social, dependiendo de dónde fue a parar, y por eso, ya sea de un modo o de otro, el aciago destino de la psicología social ha sido el de ser una ciencia bastante segundona, con perdón de la palabra.

Ivana Marková (en Moscovici & Marková, 2006), menciona que un reporte de la UNESCO elaborado en los años cincuenta, vio "la posición de la psicología

social como particularmente difícil, ya que parecía estar unida en parte a la psicología y en parte a la sociología" (p.08). Según Moessinger (2008), históricamente la mandaron a la psicología; según Immanuel Wallerstein (1995):

> los llamados psicólogos sociales trataron efectivamente de permanecer en el campo de la ciencia social, pero en general la psicología social no tuvo éxito en el establecimiento de su propia autonomía institucional: en muchos casos sobrevivió como subdisciplina de la sociología. (p.31)

Según la Marková (en Moscovici & Marková, 2006), "mientras que las organizaciones internacionales de ciencias sociales la colocaban junto a la sociología, en las instituciones de educación superior se encontraba más frecuentemente en los departamentos de psicología" (p.8). Y según Simondon, en resumidas cuentas, la psicología social no fue capaz de "superar la separación de la psicología y la sociología porque no ha podido renunciar a un modo de pensamiento binario" (Guchet, 2010, p.17), y no ha sabido tener un pensamiento terciario ni mucho menos unitario. Los autores arriba citados son una psicología social, un psicólogo, un sociólogo y un filósofo.

Una institución es un aparato de preservación de sí mismo y una máquina de crecer, ya que supuestamente mientras más grande sea más difícil es que se deshaga, lo cual no es necesariamente cierto, así que a lo mejor es más bien una máquina de guardar poder, pero en todo caso tiende a absorber lo que se le ponga enfrente y amoldarlo a su lógica y aclimatarlo a sus modo. Para lo que sea que lo haga, una institución universitaria lo que hace es que fija, rotula, marca, clasifica, legaliza, le cuelga una credencial a todo conocimiento que ingresa en ella, o que ella misma produzca, para que ya no piense, porque pensar, como decía Machado, es siempre pensar lo impensado y eso siempre echa todo a perder porque es muy incontrolable y por ende atenta contra la institución. Por eso Moscovici (1982), en una entrevista que le hacen en los años ochenta sobre el porvenir de la psicología social, dice que va a dejar de ser una ciencia de investigación y creación, y se va a convertir, por la vía de la ultraburocratización, en una ciencia de enseñanza y aplicación, o como dice Ivana Marková (en Moscovici & Marková, 2006), siguiendo a Hegel, "las ideas crean instituciones, las instituciones asesinan ideas" (p.xvi).

La conclusión de la psicología social se puede ver en la siguiente anécdota con moraleja y terminación, o con terminación y moraleja: hay un libro, firmado por Serge Moscovici e Ivana Marková que se titula La hechura de la psicología social moderna, que se subtitula grandilocuentemente La historia oculta de cómo una ciencia social internacional fue creada, donde se habla de "el nacimiento de una nueva ciencia". En este libro se cuenta la historia de la institucionalización de la psicología social a manos de un "Comité de psicología social transnacional" fundado en Estados Unidos, el cual se puso a contactar psicólogos sociales de todas latitudes; de México, por ejemplo, fueron

contactados Héctor Manuel Capello, Rogelio Díaz Guerrero y Luis Lara Tapia. Se concluiría que tal empresa fue un éxito: por ejemplo, la ALAPSO (Asociación latinoamericana de psicología social) proviene de ahí, y efectivamente, la AMEPSO (Asociación mexicana de psicología social) y la SOMEPSO (Sociedad mexicana de psicología social), fundadas por los contactados, tiene esa influencia. Moscovici estuvo activamente involucrado. La moraleja y la terminación es que el éxito del Comité es el fracaso de la psicología social: casi todo el tiempo, su presidente fue Leon Festinger, el discípulo aventajado de Kurt Lewin; y un día de 1979, Festinger, activamente comprometido con la institucionalización de la psicología social, abruptamente, de un día para otro, cerró su laboratorio y se marchó, y se retiró de la psicología social porque se dio cuenta de que estaba equivocada, ya que, en primer lugar, mientras que la especie humana tiene una fortísima inclinación a acumular cosas, como catedrales, libros o retratos, no existe sin embargo ninguna psicología de los objetos; en segundo lugar, mientras que la especie humana tiene fascinación por jugar, ruleta, futbol, muñecas, no hay una psicología del juego, y finalmente

> otro extraño fenómeno es la cantidad de energía, trabajo y tiempo que le dedicamos a las actividades estéticas, decoración, color, artes visuales, música, danza, poesía, y no obstante no hay ni un cuerpo de conocimiento ni una teoría que podamos llamar una psicología de lo estético. (Festinger, 1983, p. x)

Por eso la abandonó. El mismo Moscovici, quien fue el último presidente de este Comité (Moscovici y Marková, 2006, p.267), dejó finalmente de nombrarse psicólogo social para definirse como teórico del conocimiento. Algo habrá en la psicología social que quien mientras más la conoce más se desencanta.

Ahora bien, también las dos cosas en las que se divide el mundo pueden ser las ciencias de la cultura y las ciencias de la naturaleza, y visto desde esta perspectiva, parece que al final de cuentas la psicología y la sociología no son cosas tan opuestas entre sí, ya que ambas están institucionalizadas dentro de las universidades, y las universidades modernas, en razón de su propia historia, tienen una versión del conocimiento tomada de las ciencias naturales, la concepción heredada como la llama Suppe, según la cual toda la realidad, la vida, el mundo, es nada más y únicamente naturaleza, y por lo tanto tanto el individuo como la sociedad son una especie de fenómeno natural que acontece, que acaece, y al cual hay que encontrarle sus leyes naturales, y por ello, la idea institucional de la psicología y de la sociología es que, si de veras quieren ser ciencias instituidas, institucionalizadas e institucionales, tienen que ser nomotéticas, esto es, productoras de leyes, bastante parecidas, por supuesto, con la misma lógica, muy a la kantiana, a las de la física, la newtoniana, la clásica, que es una ciencia mecánica. Por eso se entiende en las universidades la preponderancia, por una parte, de una psicología experimental o una

psicofisiología, y por la otra de una sociología positivista, especie de ingeniería de la sociedad, porque quien quiera entrar en la universidad y triunfar dentro de la institución, tiene que producir este tipo de conocimiento, que es el del prestigio académico. O puesto en otras palabras, psicología y sociología no son los tres pies del gato de hace rato sino la misma gata revolcada de hace mucho. Y entonces parece que la oposición de fondo no está entre la psicología y la sociología que no son más que dos metodologías similares, sino entre dos maneras de tocar el mundo, una estética y otra mecánica, la primera hecha de impresiones y sensaciones, de intuiciones y metáforas, donde nada es exacto, todo es impreciso; y la segunda hecha de mediciones y clasificaciones, de verificaciones y definiciones, donde todo es puntual. La oposición está entre ver la vida como una unidad y ver la vida como fragmentos, entre un conocimiento tembloroso y un conocimiento asegurado. En efecto, la diferencia de verdad no es entre el individuo y la sociedad o entre la cultura y la naturaleza, sino entre alguien que al mirar el mundo todo lo integra en una unidad orgánica y sin fisuras, y alguien que al mirar el mundo todo lo separa en piezas aisladas. La distinción de fondo está entre un conocimiento que es un modo de ser y que tienta, que tantea para ir averiguando de qué se trata la realidad, y un cuerpo oficial de legajos aprobados por las burocracias universitarias: entre un intento de entender y los dictámenes de los funcionarios.

A este conocimiento tanteante y tembloroso acorde a la zona de en medio de la realidad que de repente ya no es una terceridad sino que es otra vez la unidad del mundo, se le puede denominar conocimiento estético, no por bonito sino porque lo que palpa, lo que piensa, lo que mira, lo que conoce, lo que encuentra, lo que busca, lo que inventa, es una realidad donde todo forma parte de todo, no como mera frase para quedar bien, sino en serio, donde ni el individuo ni la mente ni la materia ni la sociedad ni la psicología ya no están porque en rigor desde antes constituían una integridad total y unitaria que nunca separa ni divide todo lo que forma parte de ella, incluyendo por supuesto al propio conocedor, a uno mismo, que no está desde fuera observando sino revuelto en lo que mira. La oposición es entre lo estético y lo nomotético, porque producir leyes siempre es institucionalizador, entre lo estético y lo institucional, entre lo estético y lo mecánico, porque lo mecánico está hecho de piezas sueltas que aunque interactúen entre sí nunca pasan a formar parte del todo. Entre un conocimiento que nunca sabe nada a ciencia cierta y una ciencia cierta que siempre sabe todo, porque ya cerró el mundo. Entre lo interesante y lo interesado.

Lo estético no tiene contenido, sino forma; no tiene elementos sino situaciones, no tiene datos sino impresiones, no tiene piezas sino ritmos, no tiene procedimientos sino intuiciones, no tiene causas ni tiene intenciones, sino analogías y parecidos. No tiene resultados sino narraciones, historias, relatos, crónicas, cuentos, descripciones, ensayos, ejemplos. Y el hecho de que ningún comité académico esté de acuerdo con esto significa, efectivamente, que lo

estético no es institucional. Lo estético no puede pertenecer a las ciencias individuales ni a las ciencias sociales porque no puede pertenecer al conocimiento institucional, porque si ingresa a él se destruye a sí mismo. Es cosa de preguntarle a la psicología social qué fue lo que le pasó: cuando la aceptaron los comités académicos en ese momento perdió su propio conocimiento y sus propias posibilidades. Lo único que le quedaba era ser una buena oficinista. No se vaya a pensar que esto es una crítica a la psicología social; nada más es un réquiem.

Y la psicología social que casi nunca pudo ser era una estética de lo social, y por esta razón se puede encontrar salpicada a lo largo del siglo XX la idea de una sociomorfología, que sería su equivalente, y que se refiere al conocimiento de la forma de lo social: Oswald Spengler (1918) se refiere a una "morfología histórica" (p.82). Eugenio D'Ors (1935) plantea una "morfología de la cultura" (p.293); Henri Focillon (1845, citado por Bastide, 1971) habla de una "morfología" de la sociedad (p.57); Rudolf Arnhemim (1996), hablando de Heinrich Wölfflin, menciona una "morfología histórica" (p.143); y Jean Duvignaud (1979) propone "llamar sociomorfología de lo imaginario al conjunto de las investigaciones diseminadas en las disciplinas –estética, historia, psicología, filosofía, etc.- donde se encuentran a disgusto y como exiliadas" (p. 187), y menciona, entre otros, a autores tales como Erwin Panofsky, Ignace Meyerson, Siegfried Giedion, Focillon o Lewis Mumford. Quien conozca a estos autores, sabrá de qué se trata; quien no los conozca pasará una bonita tarde averiguándolo.

Esta sociomorfología se encarga más o menos de estudiar la manera de ser de lo que tradicionalmente se había denominado espíritu, esa especie de mente de la situación como cuando se habla del espíritu de la época, y que a partir del siglo XX se le denominó mentalidad, que es esa forma estructurada de ir pensando cualquier cosa que se piense en tal o cual situación, como cuando Lévy-Brühl habla de la mentalidad primitiva. Ahorita, aquí, se le podría denominar una psicología estética de la situación social, pero en el mismo entendido que en todos los casos de que no se trata del nombre de una disciplina, sino que es la descripción de un modo de conocimiento, al igual que, por ejemplo, los Estados Unidos de América no son el nombre de un país (nombres de países son México, Francia, Cataluña), sino que se está describiendo a unos estados que están unidos y que están en América, o a una psicología que es estética y que estudia situaciones que son sociales. Y, así pues, una psicología estética de la situación social se emparenta menos, tiene menos en común, con la psicología social institucionalizada, la cual a su vez es más bien prima hermana de la psicología cognitivo conductual y de la sociología más positivista y cuantitativa, aunque la psicología social diga que no, pero eso es parte de su discurso. En cambio, con quien se emparenta más y a quien se parece mejor es con la historia, con la literatura, con la psicología colectiva, con

la filosofía y con las críticas, de cine, de arte y de la cultura, en especial de la cultura cotidiana.

La historia, como dice Wallerstein (1995), por más que se dedique al estudio de las realidades sociales, habitualmente se ha negado a ser identificada con las ciencias sociales, y en general siempre está más cerca de las facultades de letras, toda vez que ambas narran situaciones en donde si se le quita la narración se pierde el conocimiento. La psicología colectiva cuyos últimos libros datan de los años treinta, el de Charles Blondel y los de Maurice Halbwachs, se juntó laboral, amistosa e instintivamente con los historiadores, como Marc Bloch o Lucien Febvre, ambos fundadores de eso que empezó a llamarse la historia de las mentalidades (Burke, 1990); de hecho esta historia hablaba muy a menudo de una psicología colectiva, mientras que a la psicología colectiva frecuentemente se la llamaba psicología histórica, y es que si de repente no puede establecerse diferencia de la literatura con la historia, como asevera Hayden White (1987), tampoco con la psicología colectiva, porque en todas ellas la forma de describir las situaciones es parte de las situaciones descritas, de modo que el objeto de estudio también radica en la manera en que se lo dice, y por eso, por ejemplo, Benedetto Croce podía afirmar que la historia es una ciencia estética. A la novela, por su parte, fácilmente se la puede entender como un conocimiento que entra en las formas de pensar y sentir de una situación dada y las expone como si fueran una historia, es decir, contándolas. Y finalmente, todavía las facultades de filosofía son las facultades de letras, y, por cierto, lo que la gente todavía entiende por filosofía se mezcla grandemente con la literatura, en especial con los poemas y los ensayos; según la gente, los filósofos son "escritores", y los escritores son "filósofos". O tal vez la mejor prueba es que cuando la filosofía se institucionalizó como una epistemología científica, descalificó con sobradez a toda la tradición filosófica, Hegel, Nietzsche, Husserl, por ser pura literatura, y en efecto, eso es: literatura pura. Por eso a los filósofos les dan premio Nobel de literatura, Russell, Bergson, Sartre (ya que lo reciban es cosa suya).

Sería mentira decir que la gente lee filosofía, pero no que se hace las mismas preguntas (como, verbigracia, la que se hace Camus, que es escritor: ¿por qué no nos suicidamos?), pero sí efectivamente lee –cuando lee, porque leer ya pertenece al sentido común de segundo orden- novelas, ensayos, poemas y críticas, que ciertamente están escritos para que los lea la gente –cosa que nunca se podrá decir de la ciencia-; y tampoco sería vedad que lee historia, pero le gusta que se la cuenten, lo cual quiere decir que estos conocimientos genuinamente pertenecen a la cultura y no a las instituciones. Y casualmente, tales conocimientos corresponden a lo que la UNESCO clasifica como Humanidades (Moessinger, 2008), que son las que, para que mejor se entienda, a últimas fechas les estorban a los tecnócratas universitarios, que preferirían desaparecerlas, porque no son ciencias naturales ni sociales, ni nomotéticas, y según ellos no sirven para nada, porque nadie se vuelve rico estudiando

humanidades. Si la psicología social hubiera elegido acercarse mejor a las humanidades, sería hoy una disciplina muy distinta, menos metodológica y más filosófica, histórica y literaria. Por todo esto puede notarse que múltiples psicólogos, psicólogos sociales, sociólogos, antropólogos, politólogos, economistas, geógrafos o jurisconsultos que se sienten apretujados en los cartabones de su disciplina, visitan con alegría traviesa, como de niño de pinta, es decir "sin escuela", estos tipos de conocimiento que son menos probados pero más significativos, que se encuentran en libros desescolarizados como los de Bachelard, de Baudrillard, de Virilio, de Morris Berman, de Marshall Berman, de Octavio Paz, de Richard Sennett o de Peter Sloterdijk, que no son disciplinarios ni multidisciplinarios ni interdisciplinarios, sino desdisciplinarios.

Si una psicología estética de las situaciones sociales se quisiera volver una disciplina institucionalizada para así estar más segura y duradera, lo que harían con ella en las universidades sería meterla en una oficina, ponerle un letrerito en la puerta, nombrarle un jefe antes que nada, solicitarle su plan de estudios incluyendo objetivos, mecanismos de evaluación y bibliografía, exigirle sus prácticas de intervención en la comunidad para que demuestre para qué sirve, preguntarle en qué departamento quiere estar, en el que quiera pero que se decida, aconsejándole que en el de sociología porque en el de psicología ya le ganó el lugar una ciencia que se llama psicología social, y recordándole como quien no quiere la cosa que debe hacer lo que se le indique. Por eso el psicoanálisis no quiso entrar a las universidades. Pero esto le sucedió, por ejemplo, a la teoría de las representaciones sociales o a los métodos cualitativos que, como se sabe, actualmente son todo un éxito, vacío, pero éxito. En cambio, al parecer, la psicología social construccionista (Gergen, 1994), estuvo redactada expresamente para no poder ser institucionalizada, y por eso nunca acabó de cuajar dentro de la disciplina, y en este mismísimo sentido, el socioconstruccionismo de Tomás Ibáñez planteó alguna vez que el objetivo de la psicología social era acabar con la psicología social. O dicho al revés, el trabajo pendiente de la psicología social es fundar la psicología social, porque no lo ha hecho.

En suma, hay un modo de conocimiento –que pudo haber sido el de la psicología social– que no puede disciplinarse, es decir intitucionalizarse, porque el solo hecho de hacerlo lo deshace por la vía del acartonamiento (como le sucedió a la teoría de la gestalt), y que para conservarse tiene que mantenerse desdisciplinado, y si lo apuran, indisciplinado, toda vez que se trata de un conocimiento que no admiten las administraciones de las universidades y que no está permitido dentro de sus oficinas.

Pero siempre quedan los pasillos, aunque a veces también los quieran controlar los funcionarios, como cuando se prohíbe pegar carteles o avisos en los corredores si no están debidamente autorizados por los administradores (y los quitan inmediatamente), o cuando hay que pedir permiso para utilizar la explanada para hacer una reunión (y si no les desconectan el sonido). Pero de

todos modos quedan los pasillos, para hablar de muchas cosas, y entre ellas, para discutir el conocimiento sin preguntar de qué ciencia es eso y para qué les va a servir cuando sean grandes, y quedan las escaleras principales que tan despreocupadamente sirven para sentarse y contemplar el día; y las bibliotecas, y las cafeterías. Y quedan los estudiantes, esos seres no institucionalizados que todavía quieren imaginar la realidad toda junta y pertenecer al mundo y no nada más a un departamento, y a los que todavía les interesa el conocimiento porque es interesante y no porque vaya a venir en el examen.

En efecto, las universidades, sobre todo las públicas, las que no tienen dueño, y que lo que deben se lo deben a la gente y no a los dueños, a pesar de todo, todavía siguen siendo la mejor institución creada por la sociedad, cuyo mejor momento en toda su historia parece haber sido el de la segunda mitad del siglo XX, en la época del estado de bienestar, cuando la libertad de cátedra y de investigación estuvo garantizada no tanto por una declaración escrita sino por un empleo permanente, y siguen siendo el lugar del privilegio del pensamiento, porque las universidades no obstante todavía tienen muchos lugares inmunes a la institucionalización, donde hasta se puede fumar y se puede elaborar un conocimiento absorbente, implicado, comprometido, no separado de la vida ni de la belleza ni de la sociedad y por el cual vale la pena levantarse en las mañanas para ir a la escuela, y desde donde se puede proteger a la universidad de sus propias institucionalizaciones, porque, ciertamente, hay que defender a las universidades de ellas mismas. Solamente hay que distinguir muy bien a los pasillos de las oficinas: los gatos de tres pies están en los pasillos, los cuadrúpedos en las oficinas. Y los gatos encerrados están por todas partes.

REFERENCIAS

Arnheim, R. (1996). El quiebre y la estructura (Paul Beucheat, trad.). Santiago de Chile: Andrés Bello.

Bastide, R. (1971): Arte y sociedad. México: F.C.E., 2006.

Burke, P. (1990): La revolución historiográfica francesa: Escuela de los Annales 1929-1989. Barcelona: Gedisa, 1999.

D'Ors, E. (1964). La ciencia de la cultura. Madrid: Rialp.

Duvignaud, J. (1979). Sociología del conocimiento (Diana Galak, trad.). México: F.C.E.

Festinger, L. (1983). The human legacy. New York: Columbia University Press.

Guchet, X. (2010). Pour un humanism technologique. Cuilture, technique et societé dans la philosophie de Gilbert Simondon. Paris: PUF.

Mesure, S. & Savidan, P. (2006). Le dictionnaire des sciences humaines. Paris: PUF.

Moessinger, P. (2008). Voir la societé. Paris: Hermann Éditeurs.
Moscovici, S. (1982). Perspectives d'avenir en psychologie sociale. En Paul Fraisse (Ed.), Psychologies de demain (pp. 137-147). Paris: PUF.
Moscovici, S. & Marková, I. (2006). The making of modern social psychologie. Cambridge: Polity Press.
Spengler, O. (1918). La decadencia de occidente. Madrid: Espasa-Calpe, 1966. Tomo I.
Wallerstein, I. (1995). Abrir las ciencias sociales (Stella Mastrangelo, trad.). México: S. XXI, 1996.
White, H. (1987). El contenido de la forma. Barcelona: Paidós, 1992.

"La conclusión de la psicología social" por
Pablo Fernández Christlieb
es un texto registrado bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial 4.0 Internacional License.